

*APUNTES CRÍTICOS SOBRE LA PSICOLOGÍA DE LO ARGENTINO*¹

CUARTA CLASE:

*EL HORIZONTE FASCINADO*²

Pronunciada por Juan Francisco Giacobbe,
para el “Centro de Estudios Argentinos”.
Teatro Candilejas de Buenos Aires, el 23 de junio de 1958.

Hay en la psicología del hombre, en lo universal del hombre, ya dado por razones inherentes a la propia especie humana, un afán permanente de lo que está más allá de sí mismo. Este más allá, ya fuese del hombre primitivo de la tribu, hasta Leonardo, o Goethe o Einstein, influye poderosamente sobre el modo de ser de cada uno de los individuos de las comunidades, de las sociedades, de las naciones y de los continentes. Se podría decir que este afán de lo que reside más allá, va formando la naturaleza del progreso humano, porque si el hombre fuera pura y exclusivamente vegetativo, y con este vegetativismo creara la forma de lo sedentario, definitivo, nos encontraríamos que nada tendría correlación en la evolución humana, nada tendría trasmutación e intercambio. De modo que reside en la conciencia humana, este afán de ir más allá. Primero del propio umbral, después de la propia calle, después del propio barrio, de la propia ciudad, de la propia patria.

Pero lo curioso es, que ya psicológicamente, hay una defensa, un estado defensivo de la propia vida que desde niños ya nos habitúan a una preparación especial. Apenas empezamos a caminar, la madre, la hermana, el padre, nos dicen: no te vayas más allá, no te vayas más allá del patio, no te vayas más allá de la puerta. Es curiosa esta observación, que va fijando en el individuo el secreto de lo mejor, a veces prohibitivo que suele estar más allá de lo que los demás dicen.

Es curioso cómo este “más allá” se va transformando, de una cosa pura y exclusivamente física, de una cosa biológica, en algo trascendentemente espiritual. Poco a poco la noción del límite va encerrando, va fascinando al individuo con lo que está más allá del límite. Al principio es la puerta, el patio, la casa, el barrio. Y después va a ser lo que está más allá del propio conocimiento. He ahí una de las razones primordiales de la superación del individuo, del individuo que se va más allá de su propio núcleo. Es decir, hay en la vida, siempre, un horizonte, un límite. Pero ese límite tiene algo más allá por lo cual el hombre se siente atraído.

¹ Ciclo de cuatro clases organizadas por el “Centro de Estudios Argentinos” pronunciadas en el Teatro Candilejas (Rivadavia 640-Bs.As.) los días 2, 9, 16, 23 y 30 de junio de 1958, cuyos títulos fueron:

1ª Las herencias insolubles; 2ª Modalidades al descuido; 3ª La confianza sin apremio; 4ª El horizonte fascinado; 5ª Ensueño y legalidad.

² La presente transcripción se realizó a partir de una copia, según toma taquigráfica directa.

Es allá, más allá del horizonte, en donde se supone que está el misterio de lo mejor, la superación que el individuo quiere para sí y para los demás. Ese afán de superación, determina en los individuos, en las sociedades y en los pueblos, la lucha propia que le da quilates y trascendencia a la vida. Todas las formas del ser, no hacen sino de esta magia - digamos así - de esta fascinación que tienen las cosas inapresables, las cosas desconocidas, las cosas insuperables.

Todo nace ahí. De modo que cuando yo, niño, quiero la flor que está más allá de mi casa, ya estoy queriendo algo más allá de mi horizonte. Y hay un llamado fuera de lo que a mí me pertenece. Cuando me gusta más lo que está en el otro barrio, y quiero emular en mi barrio lo que en el otro barrio sucede, ya he tenido un llamado de más allá de mi horizonte, y he querido hacer en mi propiedad lo que en otro lugar sucede. Es la belleza del intercambio vital, la lucha de las trasmutaciones, la lucha de las emulaciones, la lucha de la superación humana.

No solamente esto no termina en el orden de lo físico ni de lo idealmente físico, se va muchísimo más allá. No hay civilización que merezca tal nombre, que no ponga este más allá, más allá del cielo. Y es ahí en donde nace la deidad, la inmortalidad, en donde nace la aspiración de la perennidad, y de la eternidad de la vida. He aquí en pocas frases, está dada la lucha de esa fascinación, que tiene todo lo que está más allá y que determina en el individuo la superación hacia lo infinito. Cuando los individuos no tienen este llamado, esta, como dicen los marinos, *fata morgana*, que llama más allá de los horizontes, el individuo está condenado a ser un ser vegetativo, a ser la masa estática de la sociedad, la que sigue el rumbo de lo puramente específico y se queda en sí misma, sin progresar jamás en el orden de lo actual.

El mundo, por lo mismo, no está compuesto -como nada está compuesto- de partes homogéneas y de partes iguales. Si así fuese, la humanidad no podría moverse, no sería dinámica. El mundo está compuesto de partes heterogéneas. Una sociedad está compuesta de individuos pasivos, de individuos indiferentes, de una masa estática y de seres activos, luchadores, que aspiran, que anhelan, que idealizan, que creen, que esperan. Son estos últimos los dinamogénicos de la humanidad, mientras que los otros son la masa estática. Error gravísimo es, en las teorías de la ignorancia, suponer esa homogeneidad humana, a la cual, erróneamente, se la llama igualdad. De ningún modo. No existe, así como no existe a pesar de la aparente igualdad de los cuerpos, dos cuerpos iguales, dos células iguales ni dos átomos iguales. Es la funcionalidad que parece igual, que tiene leyes, pero la igualdad se establece solamente en relación con lo divino. Se nace legalmente de un mismo modo, se vive igualmente bajo las mismas leyes divinas y se muere lo mismo ante las mismas leyes divinas, pero eso no indica que dos individuos sean iguales y que haya que darles las mismas leyes vitales a los dos. De aquí nace este estado curioso de la heterogeneidad del espíritu de la psicología argentina.

El argentino es por excelencia heterogéneo y es heterogéneo porque es vital. Y es heterogéneo anímico, es decir, es espiritual. Es curioso que tengamos que observar a la altura de nuestra vida, esta característica primordial de lo argentino, que es su heterogeneidad. Heterogeneidad en la cual se puede determinar por qué muchos, viviendo en la Argentina, no saben ni les interesa lo que es la Argentina. Son los pasivos en la masa estática. Otros que viviendo en la Argentina pasan indiferentes ante la problemática del ser argentino. También esos seres no tienen conciencia de

su propio ser en el lugar que se les da en vivir. Mientras que existen los otros, esos que están más allá del horizonte, que aspiran a lo que está más allá del horizonte.

Y el argentino, aquel que podemos llamar, como hemos dicho la vez pasada, el criollo, el argentino, aquel que tiene dos líneas de resistencia: la línea de resistencia hacia lo herencial que no le pertenece, la línea de resistencia hacia la autoctonía que no le es propia, y que se tiene que formar su propio linaje, su propio abolengo, su propia descendencia y su propia ascendencia; este argentino, que es un ser - que como hemos dicho la vez pasada - que tiene una cuarta dimensión, en una infinitud continental y en una infinitud de fe, ese argentino es un ser que vive, aspira, quiere y lucha, por la posesión de ese horizonte del más allá.

De aquí que el argentino pertenezca al barrio, al conventillo, al palacio, al rancho, o a la institución más alta - el argentino - ese es un individuo que no tiene bienestar ni confort. Ni vive mucho, como veremos, de lo hogareño, ni lo lugareño, ni lo circundante, ni lo limitado, precisamente por esa inquietud, profunda, por ese afán de conseguir lo mejor que pueda tener un individuo.

Si ya hemos advertido que el argentino es individualista, por gravitación de los elementos circundantes históricos, continentales e imponderables, veremos que en el argentino existe esta aspiración de lo mejor que a veces parece imposible con un sentido de lo propio.

¿Qué es esto propio? Ahí empieza el gran dilema. ¿Qué es lo propio de este argentino que quiere lo mejor para sí, no precisamente para su propiedad, sino para unificar el ambiente al cual él pertenece? Este es el gran dilema. Y entonces el argentino quiere ser gran artista, y no un artista mediocre; gran hombre de ciencia y no un hombre de ciencia común; gran sacerdote y gran misionero con sentido apostólico y no el adocenado seminarista que sigue la parroquia de un modo común. Es decir, en el orden del espíritu hay inquietudes trascendentes y hay magnitudes en la aspiración de lo argentino, es indudable que todo esto tiene que converger hacia lo que más allá del horizonte tiene como más grande, es decir, la cultura va a tener que tomar una posición localista en orden al punto que se ponga, a lo que uno se dirija.

Si no hay aún en el continente americano un tipo de cultura trascendente, que pueda satisfacer radicalmente al espíritu de lo continental, esta cultura ciertamente tiene que ser importada. Por lo menos en sus partes esenciales, por lo menos en sus partes radicales. Y he aquí que mientras nosotros hablamos de una cultura con sentido homogéneo, la cultura es algo heterogéneo. En Francia hay una cultura francesa, en Italia una italiana y en Alemania una alemana, en España una española, que son propias siendo heterogéneas en sí mismas, pero nosotros tenemos el concepto de una cultura europea, cosa que nunca van a suponer los europeos. Tenemos el concepto homogéneo de una cultura europea que vamos a absorber, que vamos a aprehender, que vamos a actualizar. Y aquí empieza también la multiplicidad de lo americano y esencialmente de lo argentino.

Mientras el continente norteamericano se ha fijado un límite, se ha encerrado en unas posibilidades de un tipo determinado, y se ha hecho anglosajón, en absoluto, excluyendo todo lo que pueda ser una disciplina de otro tipo. Nosotros no. Tenemos, diríamos, la vanagloria de

aspirar a un ideal que es nuestro, que es creación nuestra. Hablamos de cultura europea, hablamos de música europea, hablamos de arte europeo. En la realidad, en la realidad actuante, eso no existe. Existe una organización funcional de un tipo de cultura occidental que se explyaya aquí de un modo, allá de otro; aquí de un modo y más allá de otro. Sin embargo, nosotros tenemos una escuela elemental, una escuela de enseñanza superior y un tipo de enseñanza universitaria que quiere englobar todo lo que existe como mejor de las partes de cada una de las culturas. Como entendemos muy bien, esto es una utopía. No es ni siquiera un concepto práctico de las cosas, porque es imposible que se pueda practicar lo mejor de otros lugares y que tenga que llegar a través de la trasmutación de una sola vía.

El argentino tiene la propensión a lo mejor. Si quiere ser artista, como que es justo y es noble que así sea, quiere tener la mejor técnica y triunfar del mejor modo. Si es hombre de ciencia quiere adquirir el saber más inalienable y más infalible. Si es sacerdote quiere tener el don teológico y apostólico más perfecto. Está bien. Eso no quiere decir que uno quiera el milagro. Uno se va a empeñar en dar de sí lo mejor, su vida, su disciplina; por eso tenemos que citar un error común. El argentino no es un indiferente ni un hombre que no sabe y no quiere estudiar como mentirosamente se dice por ahí. No es un hombre que eluda las disciplinas del espíritu. Otra de las grandes mentiras. El argentino ingenuamente, no diremos candorosamente, ingenuamente, con una buena fe que ya le da título de nobleza, se echa hacia la institución que a él lo va a marcar con su saber, con su grandeza y con su trascendencia. Y de repente se encuentra con que esta escuela, este colegio, este conservatorio, esta academia, esta universidad, este seminario están tarados de una mala herencia. Lo que a veces advertíamos entre los genios y los generados, que parece cosa de nada porque es cosa personal; aquí entra en una gravitación terrible.

Entra en la gravitación del espíritu y entonces, tanto el niño argentino, como el joven argentino, como el profesor argentino, como el sacerdote argentino que ven en su aspiración trascendente, lo que él quiere y lo que le dan, empieza a ver dividido el campo del saber, en dos funciones: entre el saber utópico, que a él no le dan y que a él le exigen; y la simulación de un saber que nadie da y que todos pretenden. Esto es lo más cruel que pueda suceder en las disciplinas del espíritu en lo argentino.

Es decir, desde niño, el niño argentino advierte que la escuela, funcionalmente, es ineficaz, que dice una cosa y hace otra. Advierte que en el Colegio Nacional, están las mismas fallas, que en la enseñanza artística o en las de los tipos culturales más diversos, está la misma falla y que en la universidad se practica el mismo error.

Entonces tiene que valerse por sí mismo para conseguir en su propia personalidad, lo que su personalidad anhela, siguiendo ineludiblemente lo que tiene que ser la diplomación de lo humano, porque nadie se diploma fuera de los institutos reconocidos como tal. Porque sería una falta de disciplina y una aberración del individuo. Y nos encontramos entonces con este tipo de individuo argentino que persigue, se entrega a las disciplinas más rotundas y mejores, con la decepción y la desilusión de que en los institutos donde él va para adquirir lo mejor, lo están trampeando, en cierto modo, el carácter definitivo de lo que él quiere. Es la cosa más dramática que pueda existir dentro de esa aparente chance que el argentino tiene.

Exijan ustedes a los argentinos una disciplina de años, con los métodos más coherentes, profundos y verídicos, pero que sea un método, uno solo, aquel que va a conducir a la eficacia de un determinado camino. Verán ustedes que nadie juega, que nadie deserta, que nadie falla. No es verdad que el argentino no sepa estudiar, que no tenga disciplina, y que sea desordenado. Si hay estados alérgicos más o menos contagiosos del aprovechamiento de modalidades psíquicas de la nación, en que los estudiantes por un absurdo de burla, piden que no quieren tener exámenes, que no quieren hacer esto, que no quieren hacer lo otro, es porque se les ha dejado rienda suelta, porque no ha habido límites, ni ha habido investidura moral, en las instituciones que debieron dirigir los espíritus de los jóvenes.

No hay que decir: los jóvenes argentinos hacen esto y lo otro, son inmoderados, son incapaces, no quieren esto o lo otro. ¡No, no, no, no!

La facultad del mínimo esfuerzo existe en todos, lo que interesa es que las mentes que tienen que dirigir, las mentes que tienen que condicionar, tengan la investidura moral necesaria para imponer el límite a las cosas y a las directivas necesarias. De modo que no confundamos ciertos casos y ciertos momentos que van formando estados meteóricos. No, eso no forma la psicología de lo argentino, ni es la juventud argentina tampoco. Los que convivimos la juventud argentina, hay, diríamos, hasta un sacrificio permanente, para ser algo, para llegar a significar algo, ante sí mismo y ante los demás. El que crea otra cosa, miente. Hay hasta un sacrificio de la propia personalidad. Lo que podríamos llamar, lo que podríamos decir que a veces es una vanagloria del ser humano, está casi desdibujada en el ser argentino. Hasta tal punto el ser argentino tiene un estoicismo particular interior.

Estoicismo, porque en la nación argentina, a pesar de la enorme riqueza de la cual utópica y teóricamente se habla, el argentino no es un hombre rico, ni un niño argentino, ni un joven argentino, ni ninguno de nosotros ha tenido posibilidades de regalo como para permitirse el lujo de estudiar cómodamente. Tanto la vida, como el estudio, como el ser, en la República Argentina cuestan un gran sufrimiento. Precisamente por eso. Porque no tenemos los medios vitales necesarios. Ahora se les antoja que con cuatro becas internas, con diez, con cuatrocientas, con quinientas van a arreglar la situación social del que aspira a ser algo en Argentina. No es con eso que se arregla. Todo eso es un emplasto, es un remedio, es una cataplasma que se pone para cubrir la herida. Pero lo que importa es que el joven, el ser argentino es un ser que surge, que nace de su propio sacrificio, que asciende por su propio sacrificio. Lo curioso es esto: que mientras se entrega a lo institucional con la plena confianza de que lo institucional es lo más noble, lo más puro, que existe para darle a él esa virtud trascendente que él busca, dentro de lo institucional se encuentra con una pobreza tan grande, con una miseria tan grande de recursos, con una ignorancia tan pasmosa en las directivas, que nos encontramos ante el caso que funciona una universidad en la cual se está hablando todavía que no tiene estatutos.

¿Cómo puede existir eso? Es la aberración más grande que todavía eso se denuncie. Es la desvergüenza más grande que pueda existir. ¿Cómo se les puede pedir entonces a los alumnos que tengan orden? ¿Cómo se les puede pedir a los alumnos que tengan disciplina? ¿Cómo se les puede pedir a los alumnos que respeten qué? ¡Nada!

Si es una fantasmagoría. No basta tener un edificio, ni basta tener programas diseminados aquí y allá para decir que esos institutos, en este caso la universidad, es funcional. No. Tiene una apariencia orgánica pero lo orgánico no se da en ella. Es decir, mientras no exista lo orgánico, mientras no exista lo vivencial, eso no existe. No tiene trascendencia de ninguna especie. La actividad ahí está desdorada, es inútil.

Y nosotros sabemos muy bien; la primera de las leyes por la cual el individuo asciende un grado más en el conocimiento, es el orden. Y si no hay un orden estatal, ¿cómo se puede seguir? Ya vimos la vez pasada el descuido de las modalidades de lo argentino. Cómo se descuida la naturaleza del niño. Cómo hoy se la dirige de un modo hacia ese sentido, de un tipo hipócrita farsante. Con una hipocresía laicista impresionante; otras, se lo dirige hacia un patriotismo inmoderado sin ninguna realidad y en la cual el niño no cree, otras veces se lo dirige hacia una forma morigerada, ética, estúpida, puritana que el niño no puede compartir, porque vive en su vida otro orden de cosas y mientras le enseñan “fue la lucha, tu vida y tu elemento, la fatiga, tu descanso y calma”. Aclárense ustedes este verso, el chico canta *La cumparsita* con más amor, y otras cosas. De manera que hay una falta de unidad entre lo que se dice en un lugar y se practica en el otro. La escuela, el instituto, la universidad, es lo supremo de la vida práctica cotidiana, no es una cosa apéndice artificial, no es una mentira agregada a la vida, es todo lo contrario, es lo que complementa al ser interior y entonces nos encontramos con este tipo de argentino que tiene su vida interior que no la puede practicar, en lo institucional de su nación. Esto es lo terrible.

El niño no se manifiesta, no se identifica en la escuela; lo hacen manifestar hipócritamente, en una serie de representaciones, de formas pura y exclusivamente numéricas, después, no sé, se habla de psicometría, no sé de cuantas cosas dadas al azar, pero el concepto humano, el concepto intrínseco, el concepto trascendente del niño no se modula, no se vive. Se habla del joven, se dicen una serie de disparates increíbles, se dicen una serie de mentiras y de hipocresías totales, se habla de morigeraciones increíbles, y después resulta que este joven se va a ver “El tercer sexo” o “Las tres caras de Eva”; mientras en el colegio le están hablando de una hipotética pureza, de una hipotética moralidad sin haberle dado todavía el concepto fundamental de la razón de ser de la vida.

Es espantoso esto. De manera que a este argentino no solamente lo hemos visto ya ascender en las defensas increíbles en lo físico, en lo endogenético, en lo endofisiológico. Ahora tiene que tener dos frentes de defensa muy grandes: la defensa de su ignorancia y de una cierta ignorancia ambiente y la defensa de lo institucional, que es lo institucional lo que de repente da al argentino ese supuesto cariz de hipocresía, ese supuesto cariz de tenerse que entregar a lo que él no quiere y hace lo que él no debe hacer. Porque al final las corrientes vitales inducen a que los individuos digan: yo no quiero esto, pero si yo me voy de un lugar abierto, cuando yo llegue voy a ser diferente a los que éstos están siendo. Todos los argentinos han tenido siempre el carácter de mejoradores futuros de las cosas. Han querido ascender a los más grandes puestos para cambiar las cosas. Han llegado a las más grandes cosas y cuando empezaron a cambiar las cosas, los confundieron de tal modo, que los hicieron pasar por negados, por utópicos, por engreídos, por farsantes, y las mejores naturalezas han caído ante el vilipendio y ante la deshonra nacional.

No sabemos, no queremos decir, de qué fuerzas extrañas depende toda esa lucha que incide sobre la naturaleza de lo argentino. Nos negamos a denunciarlas porque son tan evidentes que, en verdad, hay una acción de un horizonte fascinado, de un horizonte dorado como oro real, bien pagado de argentinos que degeneran lo institucional argentino. De mediocres argentinos que no tuvieron el afán del más allá perfecto, que se encontraron de pronto con las riendas en las manos de lo institucional y que empezaron a querer desdorar lo que es bueno, lo que es auténtico, lo que es noble, lo que es sacrificado en nuestro ambiente nacional. No podemos negar que un drama vital, continuó en este orden de cosas. Ya no se trata de una inmigración, ya no se trata de los génidos y los generados. Se trata de potencias muy superiores, de potencias que tienen una tendencia, que tienen un fin, que gravitan de un modo desintegrador sobre lo institucional argentino.

Los que vivimos con un fin de amor nacional y de amor universal, los que tenemos un concepto de la entrega a lo mejor del género humano, hemos podido percibir qué terrible es esta fuerza de empuje, esta fuerza de estatismo que hace que los argentinos no puedan tener, ni sacrificando su vida, su ideal, su espíritu, su sangre misma, puedan tener - teniéndolo, porque lo que importa es eso - la trascendencia de un arte, la trascendencia de una cultura, la trascendencia de una ciencia. Está visto que, apenas aparece aquel núcleo generador, argentino, que ya ha vuelto del horizonte fascinado, o conquistado lo que tiene que conquistar como enseñanza de su personalidad; o aquel grupo de argentinos que tienen una tendencia, que tienen una iluminación, digamos así, que tienen la entrega de un magisterio, apenas estos argentinos se ponen a actuar, llegarán hasta un grado determinado, pero inmediatamente van a sentirse rodeados por un abismo o por una soledad enorme, algo pasa alrededor de estos seres, por lo cual no serán oídos o no serán comprendidos, o todo lo que ellos practiquen y den y los otros reciban, va a recibir infiltraciones tan grandes que no podrán actuar en unidad jamás.

Yo he podido seguir a través de los años cómo se derroca, todo lo argentino en lo argentino que vale. Lo he visto así, porque he seguido casi anotando los detalles. Argentino de valor que yo recomendé para un puesto, era argentino que al poco tiempo, si era muy capaz e imponía la naturaleza de su capacidad, con todo el esfuerzo que cuesta, luego, si no era ladrón, era - con el perdón de ustedes - pederasta, mujeriego o algo por el estilo, algo tenía que suceder para que este argentino no figurase como un hombre virtuoso. Entre tanto nosotros conocíamos que era un hombre de bien, que era un hombre sacrificado, que era un hombre que aspiraba a darse y no a recibir. Sin embargo, teníamos que ver que este individuo a través de la calumnia, a través de la desvergüenza más grande, poco a poco, se le abría un abismo a su alrededor y caía verticalmente, en la vergüenza y en el anonimato. Esto ya es sistemático en el espíritu de lo argentino e inmediatamente se pone en lugar de este argentino, un mediocre que no tiene ni horizonte aquí, ni horizonte allá, ni sabe lo de aquí ni sabe lo de allá, que balbucea como un idiota lo de aquí, y cree que conoce porque habla el idioma de lo de allá, de un modo terminante de lo de allá; y lo están utilizando de este modo. De modo que este es el hombre de la cultura europea; que vaya a saber dónde existe la cultura europea. O de la cultura americana. O, lo que es más curioso, de la cultura oriental también. Porque hasta eso se llega. De lo único que no será representante, será de la cultura argentina.

¿Por qué, señores? Porque la cultura argentina no existe. Representará el arte universal, que será para él el que contenga todas las artes, menos el arte argentino. ¿Por qué? Porque el arte argentino no existe. Representará todas las ciencias, todas menos una. ¿Cuál? La que no existe, que es la argentina.

Entre tanto nosotros sabemos muy bien que hay una forma de ciencia hecha así: a las agarradas. Ascendiendo con el esfuerzo personal. Hay una cirugía argentina que es una cirugía hecha a la criolla, con creación de instrumentos propios, con formas propias haciéndolo con la nada, porque así es. El cirujano argentino hace cincuenta años que trabaja sin instrumental, sin ayudantes, sin nada y realizada las cosas más extraordinarias.

Les quiero contar. Un hombre de genio como el Dr. Raffaele Frasca que había sido alumno de Herlich, que había trabajado en los comienzos de las más altas escuelas de cirugía. Había sido director de la escuela de cirugía de Colombia, había estado contratado en Norteamérica, se le declara una úlcera de duodeno terrible y los más grandes cirujanos alemanes se le ofrecen para operarlo. Él dice: “No, hay una sola escuela de cirugía donde se opera magníficamente bien la úlcera de estómago, es la República Argentina. Me voy a lo de Finocchietto.” Se tomó el avión y se vino a la Argentina. Se hizo amigo mío. Era un genio de la cirugía y decía, me decía a mí, continuamente: “ustedes son unos idiotas, ¿qué están esperando para que se les reconozca el valor íntimo? ¿Qué me importa a mí que tengan instrumentos? Cuando no hay instrumentos se agarra con el dedo, pero las cosas hay que saberlas hacer, como la hacen los argentinos.”

Entre tanto los pobres argentinos se sienten desdorados, se sienten menoscabados porque no tienen todo el instrumental, porque no hay forma de conseguirlo, sin embargo son creadores como en todo lo que se hace.

Volvemos a hablar de la orquesta de los cien años y volvemos a hablar de nuestras pobres orquestas, que tienen que trabajar en cinco trabajos al día, que hacen todos los géneros. Nos vienen a descubrir que esa orquesta fue dirigida por Tchaicovsky, por Dvořák y no sé cuántos más. Y la orquesta argentina ha sido dirigida por cuanto genio existe en el universo. No por cuatro, ni por cinco, ni por diez. Y sin embargo, nadie sale a hablar, nadie sale a darse corte, a decir: no, señores, si se trata de directores, la pobre orquesta del Colón, esta desastrada orquesta del Colón, ha tenido los más grandes directores del mundo, sucesivamente, simultáneamente, lo que no pasa con otras orquestas.

Porque a la orquesta judía la toma un año para adiestrarla el señor Toscanini, y después la mandan al público y a nuestra orquesta juvenil, en cambio, se les toma el concurso con unos exámenes que dan pavor – porque eso no se les pide ni a los concertistas, porque nosotros somos así de inconsiderados – e inmediatamente a los quince días tienen que ir a tocar a la radio, porque si no los echan. Porque no tienen para pagarle la mensualidad. Y entonces, después ¿se puede pedir que esta orquesta tenga unidad? ¿De qué modo podemos pedirlo? Es uno de los errores de consideración. La crítica parece que estuviera pagada internacionalmente para desdibujar y echar a perder todo lo que se puede hacer con el esfuerzo argentino.

Hemos oído por esta gran orquesta que vino de Nueva York - gran orquesta desde el punto de vista físico-material, no discutimos eso - gran orquesta, pero le hemos oído, no digo el *Concierto* de Ravel, sino una danza de *Salomé*, que cuando aquí se presentó la Orquesta Sinfónica Municipal, que estaba formada toda por jóvenes, se había ensayado dos veces, y no tiene ni qué compararse. La danza de *Salomé* que hacen los norteamericanos es una danza hecha con nylon, tiene el esplendor del nylon, acérquenla ustedes al fuego y eso desaparece. La danza que hicieron aquí, esa sí era *Salomé*, esa sí era Richard Strauss, era la pasión, era el fuego. Ustedes podían poner eso al fuego. Y van a ver que iba a tardar en quemarse. La sangre y la pasión no tienen siempre mucho lujo, ni es reluciente como el nylon y el material plástico. A veces suele ser oscura como es oscura y como es terrible la sangre.

Sin embargo, de nuestra orquesta del Colón nadie se acuerda, que ha hecho durante temporadas esas danzas de un modo verdaderamente alucinante. Tenemos que esperar esta época para aprender, entre muchas otras cosas, que nunca hemos oído música, que nunca hemos sabido nada y que tenemos que recibir para el cincuentenario del teatro Colón, la visita de una orquesta que, hemos venido a saber, que tenía un fin político, de hacer olvidar un desastre político anterior en Sudamérica; que nos vino a desasnar los oídos y nosotros por primera vez aprendimos lo que era una orquesta. Lo siguen diciendo a través de la radio los señores críticos. Y siguiendo insistiendo con esa idiotez absurda, de que es una orquesta que tiene cien años. Y las gentes los sigue oyendo, se les sigue pagando... ¡ah! y quiero decirles otra cosa.

Esta orquesta, a la cual estos señores críticos (para ver cómo se dirige lo institucional argentino, como se dirige el espíritu del ser argentino) alabaron, hizo Ravel, del cual yo les dije que desde el punto de vista del estilo era cero, era para reprobarlos en un examen. Hablan de la perfección y resulta que, en uno de los pasajes que se consideran verdaderamente difíciles, el clarinete no dio una nota. Le falló. Cosa que para nosotros ese clarinete no hubiese trabajado más; ni le hubiésemos puesto que era el mejor del mundo. Y dos partes de las partituras fueron arregladas para los instrumentistas. Y esos idiotas, ignorantes, se creen que eso es lo más perfecto que puede haber.

Nosotros los argentinos, haremos las cosas mal, pero con todo el peligro. No nos va a salir, pero respetamos, cumplimos. Paciencia, no nos salió, recibimos la vergüenza de no haberlo hecho, pero no engañamos de ningún modo, ni después vamos a decir que hemos hecho las cosas bien. De modo que en este momento vivimos en un estado de más crudeza, de una reviviscencia muy seria de ese horizonte fascinado, de oro, con el cual el argentino no sabe lo que tiene que hacer, porque contrariamente a lo que nosotros estamos viendo bien, el argentino necesita del oro, pero no tiende al oro, ni su fin primordial y trascendente es el oro. El argentino aunque parezca un materialista, no lo es. El argentino podrá ser todo lo censurable que se quiera, todo lo romántico que se quiera, todo lo utópico que se quiera, pero en sí mismo, para lo mejor de la sociedad. Que aspira a lo más alto, a veces con una cierta incongruencia, que precisamente esta falta de congruencia le viene de la falta de poder de lo institucional.

Tendremos que volver a repetir que desgraciadamente en nuestro país, es un país donde la clase dirigente, por hablar claramente, la clase que gobierna, es una clase que no conoce a su nación, que no conoce a sus individuos, que no conoce a sus instituciones, que no conoce el

espíritu auténtico de la nación. Casi podríamos decir que hay una cadena extraña de argumentaciones curiosísimas que se vienen dando. Cuando uno puede llegar a un régimen - como he dicho antes - no para marcar una limitación del nacionalismo, el argentino aunque sea el más nacionalista, es el menos nacionalista del universo, porque con esa utopía de lo universal nunca va ser el nacionalista totalitario que la gente supone. Jamás. Siempre va a tener el lugar para un llamado de otro horizonte.

Así encontrarán ustedes nacionalistas hispanófilos, italófilos, germanófilos, francófilos, rusófilos, no encuentran nacionalistas anglosajones. No pueden encontrarlos, porque en la visión de lo argentino existe una clarividencia histórica, y existe una separación potentísima entre el concepto de un tipo de religión y de otro tipo de religión. Es curioso, que aunque el argentino pueda parecer ateo, pueda parecer antieclesástico, anticlerical en todas sus formas, de repente es más absolutamente antiprotestante, que todo lo que se pueda pedir. Querrá no ser católico, habrá una pugna en él con el catolicismo, pero lo que no acepta es un tipo de civilización que tenga características protestantes. Y en esa función, es curioso observar, qué línea de defensa poderosa tiene el argentino. Hay una crisis religiosa, no hay ninguna duda. La crisis religiosa la tenemos todos, desde San Agustín hasta el que sea verdadero cristiano, pero la crisis religiosa tiene también un límite. Ese afán de ideal en lo argentino se impone continuamente contra ese tipo de horizonte. Y es curioso observar cómo hay una fascinación para el protestantismo, en esta parte del horizonte argentino. Es decir, para las culturas anglosajonas. Como los anglosajones aman la Argentina, desean la Argentina, aspiran - pueden tener todas las tierras del mundo y todos los pueblos del mundo - pero ellos quieren esto, quieren la Argentina. ¿Por qué?

Es otro de los misterios que nosotros tendremos que indagar alguna vez. Porque al final de cuentas podremos tener materias primas y podremos ser ricos, pero no les somos simpáticos, ni les demostramos nuestra simpatía. No pueden vivir bien entre nosotros. ¿Por qué nos quieren? Resistimos desde hace más de un siglo a todo lo que ellos introducen, porque no hay facultad que ellos nos quieran imponer, de la cual quede algo entre nosotros. Hay una resistencia perpetua, sin embargo hay un perpetuo amor. Una perpetua codicia de apropiarse de esto que es argentino. De manera que tenemos este doble juego en lo argentino, una fascinación nuestra hacia el horizonte de lo mejor en el mundo de Occidente. Queremos ser los mejores dentro del concierto de la historia de Occidente. ¿Será una ambición? Tanto mejor. El hombre vive para fijar su vista en una estrella y conquistarla, si queda en mitad de camino, no será porque le ha fallado a él el ideal. Es, sencillamente, porque en su destinación, no podía conseguir la estrella. Pero peor son aquellos individuos, como ustedes han visto bien, como hoy es un mundo, que siguen cantando muchísimo la bondad de la hormiga y del ratón, y la maldad y la idiotez de la cigarra.

En cambio nuestro pueblo es un pueblo lírico, es un pueblo de cigarras. Y no es un pueblo almacenero, oculto, negado, negro, de hormigas. No es un pueblo de hormigueros el nuestro. Mientras que la civilización occidental, ustedes ven, es una civilización ahorrativa, condicionada, que marca el paso, que se cierra en el invierno, que sale en el verano, en que todos se saludan igual, que todos siguen un mismo camino.

Lo llamamos la falta de masificación entre nosotros. No, en la idealidad de esta parte de América, existe esa idealidad lírica trascendente; por eso amamos lo más grande, lo más bello que pueda existir. El humanismo argentino es un humanismo auténtico, tiende hacia lo más sublime, sin llegar jamás - no lo puede tener - ni a la sensualidad ni a la voluptuosidad, porque con la vida de sacrificio que tenemos nosotros como para pedirnos a nosotros derroche y perder tiempo en orgías y demás cosas. No, no cabe entre nosotros. La vida del argentino - del que estamos diciendo que es argentino - es una vida votada conscientemente al sacrificio y aún más; al escepticismo del fracaso en el sacrificio, y así se sigue del mismo modo. Ese es uno de los horizontes de la fascinación del horizonte.

Y está el otro, el que nosotros somos un horizonte de fascinación para los demás. Somos un horizonte en que nos quisieran poseer, nos quisieran contener, nos quisieran dirigir. Es muy difícil. No va a ser jamás posible. No va a ser posible, porque si no pudieron entretenernos las raíces de nuestros gépidos, si no pudieron absorbernos las raíces de las autoctonías, si hemos tenido que crearnos un propio suelo, un propio lugar, una propia patria, una propia fe en el mismo ser argentino, como ellos siendo de afuera van a poder apropiarse de aquello que forma parte de la vida interior de este ser argentino. De modo que se rompe en dos este drama crítico - auténticamente crítico - de esta dualidad de lo argentino. Al principio hablamos de una dualidad genética, ahora no, ahora tenemos que hablar de una dualidad en lucha y en oposición. De lucha muy subterránea, muy secreta o muy altiva y muy generosa, en ciertos momentos, pero lucha de dos frentes al fin.

En esta lucha de dos frentes, es necesario que en este momento nosotros, digamos que lo institucional fracasa en el horizonte de lo argentino. Que lo que es un fracaso de la nacionalidad se debe al fracaso de lo institucional y que solamente resiste una sola institución, que es la institución de la familia, que es la más grande institución, que en este momento tenga validez en el mundo. Mientras nosotros hablamos de la falta de angustia en lo argentino en cuanto a un factor patológico de orden psicopatológico, que entre nosotros no existe, tenemos que hablar de este otro factor maravilloso de esta célula extraordinaria, que forma lo más alto del régimen de la afectuosidad del género humano, que es la permanencia de la familia.

Mientras el mundo de Occidente se derrumba en una vida hacia afuera, en una vida exterior, en una vida de calle, la familia argentina todavía sigue constituida. Mientras la gran avalancha del extremo Oriente se echa para romper con todos los principios de la raza humana y sobre todo, de todos los principios cristianos, y católicos, esta familia argentina, sigue teniendo una unidad.

Es la única institución por la cual el argentino tiene cementerios y cruces y capillas en donde recuerda a su padre, a su madre, a sus hermanos, amigos, a sus benefactores, a sus maestros, a los hombres que alguna vez sirvieron algo para el bien público.

Aquí, el héroe tiene un sentido.

En otras naciones se mata a la gente y el héroe no tiene más sentido. Ha desaparecido el heroísmo íntimo de la vida; el sacrificio cotidiano.

Entre nosotros, no.

Seremos todo lo descuidados que se quiera, seremos aparentemente todo lo dispersos que se nos pueda pedir, no realizaremos por generaciones ni siquiera el aspecto real de un ideal, pero nadie nos puede quitar el cumplimiento de esa ley divina.

Hasta hoy, Occidente se ha derrumbado en cierto orden de cosas porque la familia se ha derrumbado.

Argentina todavía tiene eso. No me hablen ustedes de las madres poliándricas norteamericanas. No me hablen ustedes de los hijos de nadie de la infamia roja, eso no es más familia. Aquí el concepto de la paternidad, de la filialidad, a veces llega, diría, hasta un poco exagerado en el sentido del afecto, pero marca todavía los rumbos divinos del ser.

Por eso, mientras existe eso, a pesar de la evolución que tenemos que sufrir, podemos, sentirnos seguros, que más allá del horizonte, nos custodia algo, nos custodia alguien y podemos estar seguros. No importa lo que fracase, no importa lo que se desdiga, en el ideal basta tener la buena fe, los buenos principios y la sagrada intención. Después las cosas por orden providencial, se realizan más allá de los seres, más allá de las voluntades adversas y más allá de los errores institucionales.